

EL ESCRITOR Y LA POLITICA

según Mario Vargas Llosa

Recientemente se celebró en la Ciudad Universitaria de París la Semana de América Latina (no oficial). En ella los escritores Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa expusieron sus conceptos del papel que debe desempeñar el escritor en la sociedad en general, y más precisamente el escritor latinoamericano ante los problemas específicos que se presentan en los países de lenguas ibéricas. Ofrecemos hoy la intervención de Vargas Llosa. Queremos aclarar que se trata de una improvisación hecha en francés, además, lengua que el escritor maneja bien, pero en la que no puede matizar todo su pensamiento. Hemos sometido, sin embargo, la traducción a Vargas Llosa, quien ha aceptado su publicación en TRIUNFO, a pesar de las repeticiones inherentes a toda improvisación hablada. En un próximo número ofreceremos la intervención de Julio Cortázar.

Tengo muy poco que añadir a lo que Julio Cortázar ha dicho sobre el intelectual y la política. Creo que ha descrito muy bien el problema, al decir que, en primer lugar, hay que establecer una diferencia entre el intelectual y el escritor. Creo que la relación entre la vocación y la acción política no es la misma para el intelectual —es decir, para el hombre que trabaja en forma primordial con la inteligencia, con las ideas— que las relaciones entre el escritor y la política; el escritor, es decir, el hombre que trabaja con sus ideas, con su inteligencia también, naturalmente, pero que utiliza al mismo tiempo que sus ideas, que su inteligencia en el terreno de su vocación, en el terreno de la creación, todo un sector de su personalidad, sobre el que no puede tener un control racional, un control intelectual. Creo que por esta razón el problema de la relación entre el escritor y la política ha sido siempre, y quizá sea siempre, desgarrador.

Trataré de hacer una síntesis de lo que pienso sobre este problema. Creo que la vocación de la literatura establece una especie de dualidad, e incluso de duplicidad, fatídica en el hombre que asume esta vocación. Es decir, que para elegir esta vocación, para elegirse en tanto que escritor, un hombre se convierte en dos hombres. En él reside, por una parte, el ciudadano, evidentemente, el miembro de una comunidad social que tiene ciertas ideas sobre el progreso y sobre la marcha de esta comunidad social. Si es un ciudadano que se ha comprometido por el cambio, por el progreso, por la revolución, es un hombre de izquierda. Es un hombre que elige un compor-

tamiento social, una conducta política que puede ser la derivación natural, coherente, lógica, de sus convicciones políticas, de sus convicciones que se inclinan por el cambio, por el progreso, por la revolución de esa sociedad. Pero al mismo tiempo existe, en ese hombre, el otro, el que escribe. Cuando ese hombre escribe, utiliza, al mismo tiempo que sus ideas, al mismo tiempo que sus convicciones, es decir, al mismo tiempo que su vida racional y consciente, el lado oscuro de su personalidad. Utiliza sus obsesiones, utiliza sus instintos, utiliza la intuición; todo un aspecto de su personalidad que le pertenece, de la misma forma que sus ideas y que sus conocimientos, pero en el que no siempre ve las cosas claras. Creo que se puede decir incluso que, muy a menudo, ve oscuro, muy oscuro. En la creación literaria, ese lado oscuro de la personalidad desempeña un papel que es tan importante como el otro aspecto, el aspecto racional, el lado intelectual. A veces, esas dos facetas de la personalidad humana coinciden y entonces no hay problema alguno: ese hombre de izquierda es un hombre que cuando escribe transpone sus convicciones políticas y sociales en sus ficciones, en sus mitos, en las realidades verbales que crea. Pero sucede a menudo, e incluso muy a menudo, que no se dé esta coincidencia; a veces se producen disidencias entre estos dos aspectos de la personalidad. A veces las obsesiones, a veces los instintos, a veces la vida inconsciente —ese lado oscuro de la personalidad— trasponen en la obra literaria, trasponen en la creación literaria ciertas ideas que este hombre no cree profesar o que no quiere pro-

fesar. Es entonces cuando se produce el divorcio. Entonces tenemos el caso de esos escritores que han sido progresistas en sus vidas de ciudadanos, incluso revolucionarios, y que como autores, como escritores, no han sido, digamos, tan clara, tan evidentemente progresistas o revolucionarios.

Se produce también a menudo el caso inverso: hombres que creían ser conservadores, partidarios de los valores tradicionales, enemigos del cambio y del progreso, y que han sido, en tanto que escritores, en tanto que creadores, hombres que han creado productos literarios, obras literarias que hoy consideramos como modelos de literatura crítica, es decir, de literatura revolucionaria y progresista. Los franceses tienen el caso mayor de este género de divorcio: Balzac, por ejemplo.

¿Cómo se puede resolver este problema? ¿Se puede resolver este problema? Bien; a menudo, los dirigentes o los militantes revolucionarios sostienen que cuando se produce esta divergencia se debe a que ha habido, por parte del escritor, una mala fe, porque ha habido de su parte una duplicidad de escada, premeditada. Piensan que un escritor de izquierda debe transportar en forma coherente y lógica sus convicciones políticas de izquierdas en sus ficciones. Por ello proponen, a veces, ciertas reglas, ciertas normas, para la creación artística y literaria.

¿Qué pretenden estas reglas, estas normas? Pretenden siempre eliminar, en la creación literaria, la espontaneidad, es decir, ese factor que puede intervenir y que puede contradecir las ideas revolucionarias ortodoxas de progreso y de

cambio. Creo que el realismo socialista es el caso ejemplar de esta forma de resolver el problema del divorcio posible entre el hombre de izquierda y el escritor, o de establecer una unidad, una integralidad total entre el hombre de izquierda y el escritor. Sabemos que los resultados han sido, en el caso del realismo socialista, lamentables. En lugar de crear una literatura realmente revolucionaria, una gran literatura revolucionaria, se banalizó, se mecanizó, se destruyó casi la literatura.

Entonces, ¿cuál es la solución? Yo creo que no hay solución a este problema. Creo que si se trata de encontrar una solución a este problema se llegará siempre a soluciones del género del realismo socialista o de la literatura edificante del siglo XVI o XV que banalizó, mecanizó y casi destruyó también la literatura. En realidad creo que el problema no es ningún problema; creo que la literatura será siempre la expresión de la totalidad de la personalidad del creador. Y que a veces habrá contradicciones, porque la personalidad humana es sede de contradicciones, y que estas contradicciones, que se encuentran en la condición humana, se reflejarán en forma natural en esta expresión de lo humano que es la literatura.

Creo que no existe problema, porque en el fondo no creo que pueda haber una literatura de creación digna de ese nombre que se pueda considerar realmente reaccionaria o realmente conservadora. Creo que toda buena literatura es revolucionaria, que toda buena literatura es una literatura que está en favor del cambio, del progreso, de lo humano. A veces, ciertas obras literarias no nos dan esta impresión, porque son



**Mario Vargas Llosa
visto
por Antonio Gálvez**

obras que reflejan en lo inmediato —o que parecen defender o reivindicar en lo inmediato— valores que nosotros, hombres de izquierda, consideramos como contravalores. Pero creo que en una perspectiva más lejana estos contravalores pueden convertirse en valores. Y creo que este es el caso de todas las grandes obras de la literatura. Creo que esas obras literarias —como todo lo que es humano— evolucionan y cambian según la historia. Y que las obras literarias que duran son las que representan verdaderamente, de algún modo, el progreso, el cambio, la revolución. Por esta razón, yo creo que el escritor tiene todos los derechos de reclamarle a la revolución la libertad más total para su oficio, para su vocación. Creo que el escritor no debe desconfiar de sus demonios. Es decir, de todos esos elementos oscuros, irracionales de su personalidad que desempeñan un papel tan importante en la creación literaria, más importante a veces que el papel que juegan las ideas, las convicciones. Creo que voy a terminar diciendo que este hombre dual, el hombre doble que es el escritor, puede, debe comprometerse y hacer todo lo que pueda según sus capacidades, según su temperamento, en favor del progreso, de la revolución, pero que, en cuanto a escritor, debe seguir, sin desconfianza, con toda libertad —de la misma forma que sus ideas y sus convicciones—, sus obsesiones, sus intuiciones y sus demonios. Estos últimos, a fin de cuentas, han inspirado obras literarias más memorables (es decir, socialmente más útiles) que las estrictas ideas políticas. ■
M. V. LL.